

Antonio Cafiero, político y economista militante

Marcelo Rougier y Leandro Sowter

El General Perón ha dicho repetidas veces que la doctrina necesita predicadores, es decir, hombres persuadidos de la verdad, la bondad y la elevación de los objetivos que se persiguen, para difundir los fundamentos del peronismo, de modo que, mediante su realización integral, se vaya elaborando la felicidad del pueblo y la grandeza de la Patria

Antonio Cafiero, 2007, p. 11

Antonio Francisco Cafiero nació el 12 de septiembre de 1922 en un barrio pobre del sur de la Ciudad de Buenos Aires y falleció un 13 de octubre de 2014 en San Isidro, un barrio acomodado al norte de esa ciudad. A lo largo de su dilatada trayectoria se convirtió en uno de los referentes más importantes del peronismo y de la política argentina. Fue ministro durante la segunda presidencia de Perón, se posicionó como uno de los principales referentes económicos del peronismo después de 1955 y participó activamente en los debates acerca del desarrollo económico argentino. Con la vuelta del peronismo en los setenta ocupó diversos cargos de relevancia y, con el advenimiento de la democracia en 1983, encabezó la renovación del Partido Justicialista; fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1987 y 1991 y diputado y senador en el Congreso de la Nación.

Su niñez transcurrió en Barracas, donde su padre, un inmigrante italiano, tenía una verdulería con la que ganaba el sustento para su familia. Fanático del fútbol y su práctica, cultivó su pasión por Boca Juniors desde niño. Su inclinación militante se manifestó también desde muy temprano y, a los 16 años, entró como voluntario en la Acción Católica Argentina. En 1944 se licenció de contador público y cuatro años más tarde se doctoró en Ciencias Económicas, ambos títulos por la Universidad de Buenos Aires. Su vocación participativa continuó en la política universitaria, donde fue delegado estudiantil y secretario político del Consejo Supervisor, entre otros cargos.

La vida universitaria en los años cuarenta, al igual que en el resto de la sociedad urbana, asistió a un período de extrema politización y polarización, lo cual sin duda marcó la participación política de Cafiero. Luego del golpe de junio de 1943, la política educativa quedó en manos de un grupo de intelectuales nacionalistas al tiempo que se inició un proceso de persecuciones y suspensión de numerosos estudiantes y profesores. La Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires estaba dominada mayoritariamente por la Asociación de Estudiantes de Ciencias Económicas, partidarios del radicalismo, y por socialistas y comunistas, nucleados en la Acción Reformista. También existía una pequeña agrupación católica, la Asociación de Estudiantes Católicos de Ciencias Económicas, formada en 1944 y presidida por Antonio Cafiero, a quienes los “reformistas” calificaban de fascistas y falangistas. Por su parte, los estudiantes católicos y los nacionalistas, retomando ideas de Raúl Scalabrini Ortíz y Arturo

Jauretche, llamaban “vendepatrias” y “cipayos” a sus contrincantes. Los enfrentamientos, a veces violentos, entre las distintas agrupaciones universitarias eran cotidianos.¹

Para 1945 las universidades se habían transformado en el eje de la oposición al Gobierno militar y en especial del hombre fuerte del régimen: Juan Domingo Perón. En octubre de ese año, tras el alejamiento de Perón y su confinamiento en la isla Martín García, tuvo lugar la movilización popular del 17 de octubre, que afloró como la expresión de las profundas transformaciones que se habían producido en el decenio precedente, además de marcar el ingreso de las masas trabajadoras en la vida política nacional y dar origen al fenómeno político más trascendental de la Argentina moderna: el “peronismo”. Cafiero, con 24 años recién cumplidos, participó de la histórica marcha, la cual condensó la presencia de un larvado conflicto social y cultural que el peronismo capitalizaría en los años siguientes.² En estos términos la recordaría:

Lo que me emocionaba era ver llegar esas enormes columnas de obreros de los frigoríficos, con sus ropas de trabajo, tan poco usuales en el Centro de Buenos Aires. Ya por ese entonces la policía estaba formada, pero no actuaba. Era como un diálogo entre los ‘cosacos’ y la gente de abajo, que los vivaba y los saludaba. Y los policías se reían y no hacían la venia por pudor o para no ser sancionados [...] Como a las 22.30 apareció Perón y se produjo el éxtasis de la multitud, cosa para nosotros absolutamente inédita. Jamás habíamos visto una cosa así... Ese día regresé con la sensación de que algo importante había ocurrido, no sólo en el país, sino en mi propia vida personal [...]Al día siguiente fue ‘San Perón’ y allí se desató todo (Senen González y Fabián Bosoer, 2014).

Cafiero entra en la historia: su rol en el primer peronismo

La llegada de Perón al poder marcó un quiebre en la historia del país. Un aspecto que puede destacarse fue la conformación de un Gobierno que promovió una fuerte autonomía estatal y con una orientación económica reformista y nacionalista (Campione, 2007). En este sentido, el funcionariado peronista se caracterizó por tener escasos vínculos tanto con el *establishment* económico como con las administraciones pasadas y la “vieja política” en general. La idea de un elenco de Gobierno joven que venía a renovar la política argentina fue una imagen potente que contrastó con la de los Gobiernos de la “década infame” de 1930 y que sin duda ayudó a sellar la victoria de Perón en febrero de 1946 (Luna, 1972).

La significación de esta experiencia política fue caracterizada por Cafiero en clave refundacional. La segunda posguerra presentaba al país dos opciones bien claras: retornar a la “normalidad” del país colonial, siguiendo una política económica ortodoxa que pusiera el eje en las industrias “madres”, la ganadería y la agricultura, y que en consecuencia liquidara las industrias “artificiales” surgidas al calor de la protección comercial; o bien “embarcarse en un ambicioso plan de desarrollo económico destinado a labrar *definitivamente* lo que se llamó su ‘independencia económica’” (Cafiero, 1961: 194, subrayado original). De forma un tanto grandilocuente, el proyecto peronista se autoproclamaba “revolucionario” y en el discurso apuntaba a transformar estructuralmente la economía. Así, sus políticas se orientaron a lograr una mayor autonomía nacional en el manejo de la economía, fin y medio para promover el desarrollo industrial y una mejor distribución de la renta. Así sintetizó Cafiero años después el ideario peronista: “consolidar el crecimiento equilibrado de la economía nacional, integrando una economía agroindustrial, independizada al máximo de las contingencias externas y

¹ Cafiero (2011: 61).

² Acerca del fenómeno del 17 de octubre, véase Torre (1995), entre otros.

atendiendo especialmente a la elevación sustancial de la población trabajadora” (Cafiero, 1961: 195). El término “equilibrio”, que se transformaría en el eje discursivo de la reorientación económica a partir de 1949, expresa claramente el tono de moderación que caracterizó este proyecto político, que debía contemplar desde el punto de vista económico una sana relación entre la producción rural y la industrial.

Cuando se produjo el triunfo del peronismo en febrero de 1946, Cafiero se desempeñaba como docente de la materia Economía Política de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, y rápidamente se sumó al Gobierno “nacional y popular”: asumió como jefe del Departamento Técnico de la Superintendencia de Seguros de la Nación y luego como asesor técnico del Ministerio de Hacienda. Con 26 años, y recientemente recibido de doctor en Ciencias Económicas, fue designado consejero financiero en la Embajada Argentina en Washington, Estados Unidos, cargo que desempeñó entre 1948 y 1951 (Stawski, 2012).

Su aguda capacidad de observación se manifestó desde temprano en un informe que escribió en 1949 desde su puesto en la capital norteamericana, en donde recomendaba no ingresar al Fondo Monetario Internacional. Tras destacar que Estados Unidos quedaba en control de dicha institución y que los “países de economía poco fuerte” tendrían escasa capacidad de decisión, concluyó que suscribir los Acuerdos de Bretton Woods supondría serias limitaciones a la capacidad de decisión en materia económica, puesto que se reduciría la autonomía sobre temas como la fijación del tipo de cambio, la posibilidad de mantener tipos múltiples y la pérdida de recaudación fiscal debido a la eventual remoción de los controles de cambio. De forma premonitoria, llamó la atención sobre las condicionalidades y la enorme injerencia en materia de información económica:

El suministro de informaciones puede constituir una desventaja seria. Piénsese que a través de esta facultad el Fondo está en condiciones de conocer todo el mecanismo interno económico de un país y que los dirigentes del Fondo, aunque están obligados a mantener estricta reserva sobre las constataciones que realcen, en definitiva, no dejarán de tener en cuenta el interés nacional de sus respectivos países (Cafiero y Lohlé, 2017: 38).

Ya de vuelta en Argentina, fue nombrado director del Departamento Socioeconómico de la Cancillería, cargo que ocupó hasta 1952. Pero fue a raíz de la fuerte crisis económica de ese año que tendría su actuación más destacada. La crisis había comenzado a insinuarse a fines de 1948, cuando una serie de factores internos y externos marcaron el agotamiento de una industrialización orientada al mercado interno y fuertemente dependiente del ingreso de divisas. La caída de las reservas internacionales puso en jaque el modelo que se venía implementando desde 1946, basado en la redistribución del ingreso de la renta agraria en favor de la expansión de la industria liviana.³ El escaso resultado de las medidas tomadas por el “zar de las finanzas”, Miguel Miranda, llevó a que Alfredo Gómez Morales quedara a cargo de la conducción económica en enero de 1949.⁴ Los dos principales problemas identificados eran la inflación y la escasez de divisas. La causa se reconocía en el crecimiento de la actividad industrial y del consumo, paralelo al desplazamiento de la producción agropecuaria. Las políticas sugeridas, priorizaban el aumento de la producción agropecuaria exportable, la racionalización de la

³ Al respecto, ver Rougier (2012).

⁴ Al igual que Cafiero, Alfredo Gómez Morales (1908-1990) era contador público y doctor en Ciencias Económicas y, a diferencia de Miranda, empresario nacido al calor de la sustitución de importaciones, tenía un perfil más técnico y con una trayectoria ligada a la administración estatal. Al respecto, véase Rougier y Stawski (2017).

industria y el aumento de la productividad laboral. Todas estas medidas configuraron una nueva orientación de la política económica y quedaron definidas en el primer plan de estabilización del país: el Plan Económico de 1952 (Rougier, 2012).

En este contexto, el Gobierno apuntaló sus esfuerzos para dinamizar el ingreso de divisas a través de la promoción de las exportaciones agropecuarias. Acorde a estos objetivos, en junio de 1952 tuvo lugar una reforma burocrática que sustituyó el Ministerio de Economía por el Ministerio de Comercio Exterior, a cuyo cargo quedó Antonio Cafiero, quien con 31 años llegó a uno de los máximos cargos ejecutivos y se convirtió en el ministro más joven de los gabinetes nacionales hasta ese entonces.

“Cafierito”, como solía llamarlo Perón, recordó que en esos años tuvo una relación conflictiva con el jefe del equipo económico. En sus memorias, cuenta que en una reunión de gabinete y en presencia de Perón, Gómez Morales le gritó “¡Pelotudo!”, ante lo cual Cafiero reaccionó arrojándole un pesado cenicero, que “afortunadamente no dio en el blanco”. Posteriormente continuaron insultándose, llegaron a los puñetazos y fueron separados por los otros ministros del gabinete nacional. Para Cafiero, Gómez Morales tenía adversidad con él debido a su juventud e inexperiencia, añadida a una gran dosis de “celos” porque el presidente le tenía excesiva confianza. Según su interpretación, la animosidad entre ambos se debía a una cuestión política, ya que Gómez Morales no compartía el ideario transformador del peronismo y lo acusaba, en términos actuales, de “neoliberal” (Cafiero, 2011: 116). Paradójicamente, en las discusiones del equipo económico durante el año 1952, pico de la crisis, fue Cafiero quien propuso corregir el tipo de cambio como forma de incentivar las exportaciones y así poner fin a los subsidios otorgados por el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), que se financiaban con crédito oficial, lo cual fogueaba además la inflación. En cambio, Gómez Morales se oponía a dicha opción por temor a que una devaluación provocase una escalada de precios que impactara sobre los asalariados.

Como ministro de Comercio Exterior, sus labores quedaron fuertemente delineadas por la acción del Plan Económico de 1952. Esto significaba dos cosas: promover las exportaciones agropecuarias y procurar el menor impacto posible del comercio sobre el nivel de precios interno. En este sentido, el IAPI, organismo que entre 1946 y 1948 había sido el instrumento de redistribución de la renta agraria hacia los sectores urbanos y asalariados, comenzó a subsidiar los precios pagados a los productores agropecuarios. Cafiero justificó en estos términos la reorientación en la intervención del Instituto: “la consigna ha de ser entonces no hacer negocios a costa de los productores sino en su beneficio. [...] Esto es lo que se ha venido haciendo en los últimos tiempos y ahora vamos a llevar una política agresiva en ese sentido” (*Democracia*, 11 de junio de 1952).

Dos meses más tarde, a propósito de la compra por parte del IAPI de algodón para cumplir con un contrato con Gran Bretaña, Cafiero señaló que “el IAPI no obtendrá ninguna utilidad con la operación, por lo tanto, el total beneficio que ella arroje irá a parar a manos de los productores, con lo que, a la vez, se cumple otro de los propósitos del Primer Magistrado cual es el de que los organismos estatales actúen como auténticos defensores de los agricultores” (*La Nación*, 6 de agosto de 1952). Precisamente, en la medida que la operatoria del Instituto arrojó notables déficits, el Gobierno buscó dejar el comercio en manos de las cooperativas de productores (Sowter, 2013). En palabras del ministro: “el objeto final era el traspaso de las actividades comerciales desarrolladas por el IAPI a las cooperativas formadas por los productores agrarios”

(Cafiero, 1961: 226). De esa manera, si en promedio las cooperativas agrarias comercializaban el 28% de la producción de cereales, a partir de la campaña 1952-53 su actividad se extendió y llegaron a controlar el 51,4% del comercio agrícola en la cosecha 1954/55.

La política de ajuste controlada que el Gobierno implementó desde 1952 logró estabilizar la economía, por lo que hacia 1954 hubo un repunte en el crecimiento, una recomposición de las reservas internacionales y una marcada baja en la inflación, que operó un aumento en los salarios reales. Sin embargo, ello no bastó para detener el golpe de Estado que se consumó en septiembre de 1955. El conflicto con la Iglesia que se arrastraba desde 1954 no sólo dividió a las Fuerzas Armadas, uno de los principales pilares del Gobierno peronista, sino también al propio oficialismo. En abril de 1955, Cafiero renunció. La disyuntiva que vivió quedó graficada en sus memorias:

la casi unanimidad de los miembros del gabinete compartían el rechazo o por lo menos dudaban del giro que habían tomado los acontecimientos y atribuían todo a la influencia de personajes como Armando Méndez San Martín [ministro de Educación], Ángel Borlenghi [ministro del Interior] y el contralmirante Alberto Teisaire [vice-presidente de la Nación] por sus vinculaciones con la masonería y aun a Raúl Mendé, que era un reconocido católico [...] yo me sentí comprometido como católico y percibí que en mi persona se desataba una inmensa tristeza porque todo me parecía un tremendo disparate (Cafiero, 2011: 141).

Como consecuencia del derrocamiento de Perón, la mayoría de los integrantes del gabinete peronista fueron encarcelados. El “ministro lactante” de Perón fue recluido en la cárcel de Devoto de la Ciudad de Buenos Aires donde estuvo preso por un año. Una vez libre, cuenta que siguió procesado, bajo constante amenaza de volver a prisión, acosado por las “comisiones investigadoras” y con sus bienes interdictos, y que ante la dificultad de conseguir trabajo de su profesión trabajó como remisero con su propio vehículo (Cafiero y Lohlé, 2017: 102). Tras marchar brevemente al exilio, regresó al país y hasta 1972 militó activamente en la denominada “resistencia peronista”.

El Informe Prebisch, la revisión de la experiencia peronista y el problema del desarrollo

El gobierno de la autodenominada “Revolución Libertadora” le solicitó al secretario general de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Raúl Prebisch, un diagnóstico de la situación económica, el cual se conoció como el “Informe Prebisch”, que fue la base sobre la cual el Gobierno de facto orientó su política económica. El documento denunciaba que el país pasaba “por la crisis más aguda de su desarrollo económico” y alertaba sobre la inminencia de una nueva crisis de balanza de pagos. Se describía a la economía como en estado terminal, lo cual era atribuido a las malas políticas implementadas por el peronismo, cuyo despilfarro había llevado a desperdiciar la “oportunidad de oro” que Argentina habría tenido en la segunda posguerra. Más allá de esta interpretación, el documento puso sobre la mesa tres cuestiones que fueron el eje sobre los cuales transcurrió la problemática de la economía argentina desde 1949: la escasez de divisas, la inflación y las necesidades de inversión para el desarrollo de la industria. Entre las recomendaciones del Informe se encontraban la devaluación de la moneda para alentar las exportaciones, un mayor control sobre las importaciones, la aplicación de una política antiinflacionaria, el estímulo a la inversión externa, la toma de empréstitos para desarrollar la industria de base y el ingreso al FMI. El eje estaba centrado en la inflación, que se consideraba impulsada por los costos, en especial los laborales; de allí que la

receta propiciaba el ajuste fiscal, la privatización de empresas públicas y supeditar los aumentos salariales a incrementos en la productividad (Rougier y Odisio, 2017).

El Informe dio lugar al primer debate sobre la economía peronista y abrió las discusiones sobre la naturaleza de la crisis económica de 1949 y, de forma más general, sobre la naturaleza de la industrialización argentina, sus problemas y las políticas que debían adoptarse para destrabar el desarrollo nacional. Cafiero asumió el compromiso de realizar una crítica “técnica” de los argumentos que expuso Prebisch en su Informe de 1955, complementando así lo vertido con grandilocuencia contemporáneamente por Arturo Jauretche (1974) y otros ensayistas cercanos al peronismo como Raúl Scalabrini Ortíz (1957) o Rodolfo Puiggrós (1957). Aunque el trabajo saldría a la luz recién en 1961, todas sus páginas estaban en clave con la discusión instalada a la caída del peronismo por ese Informe y los demás documentos de Prebisch.

El libro *Cinco años después...*, publicado en 1961, fue el primer estudio sistemático de la economía peronista y constituyó tanto una refutación a la interpretación que contenía el Informe Prebisch como un balance del período 1946-1955. Según Cafiero, la del peronismo, había sido una “política al pie del cañón”, ajustada a las modalidades cambiantes de la realidad y alejada de “fórmulas dogmáticas, con las que se manejan los teóricos y diletantes de izquierda y derecha” (Cafiero 1961: 16). En su perspectiva, la filosofía justicialista mantenía una equidistancia entre el materialismo histórico y el liberalismo capitalista. Basada en la filosofía cristiana, invocaba una concepción humanista del Estado, en el que la solidaridad y la función social del capital eran claves para alcanzar el bien común. Si el estatismo o el capitalismo de Estado eran esenciales al socialismo, no serían naturales al justicialismo. Más bien, dichos rasgos del peronismo habían sido producto de las contingencias económicas internacionales, pero no porque lo llevara “en la sangre”.

Cafiero ubicaba la experiencia peronista como un jalón fundamental dentro de la evolución de la estructura económica argentina. Señalaba que el crecimiento “vertical” de la economía, a través de la industrialización progresiva del país, se había iniciado en aquellas ramas que elaboraban materias primas nacionales, fundamentalmente agropecuarias, para la producción de bienes de consumo inmediato. Más tarde se había desplazado hacia la elaboración de materias primas antes importadas dando origen a la industria liviana y semipesada, un proceso estimulado por el Gobierno peronista a través de una activa política de fomento industrial y en especial por la provisión de facilidades crediticias; de modo que hacia 1948 el país había consolidado definitivamente la estructura industrial. En su opinión, los problemas de la economía peronista no habían sido producto de la política de ahorro e inversión sino, fundamentalmente, por el deterioro de los términos de intercambio, que tanto conocía Prebisch. Su interpretación sobre la crisis económica de 1949 enfatizaba aspectos estructurales que luego fueron estudiados por otros autores:

A medida que un alto poder adquisitivo interno fue potenciando la demanda de los bienes de consumo (...) y la producción de estos, a su vez, la demanda por materias primas y bienes de capital que sólo en parte podía satisfacer la industria nacional, comenzó a hacerse perceptible ciertas dificultades en el aprovisionamiento general de las industrias, a raíz del insuficiente abastecimiento de bienes que sólo están en condiciones de producir las llamadas industrias ‘básicas’ que son aquellas que requieren para su iniciación y desarrollo un *alto coeficiente de capital instalado*. (...) Es decir, que el alargamiento vertical de la estructura productiva del país, de no alcanzar a consolidarse e integrarse en su base de sustentación fundamental: provisión adecuada de materias primas, facilidades para el reequipamiento de bienes de capital, disposición abundante

y barata de energía y medios de transporte, podía configurar a un plazo relativamente breve la presencia de una ‘crisis de desarrollo’ (Cafiero, 1961: 318).

Frente a estas circunstancias, el peronismo había reaccionado “correctamente”, con la aplicación de un “plan integral de desarrollo económico y social” a través del Plan Económico de 1952 y el Segundo Plan Quinquenal de 1953.

Cinco años después... fue una obra que ubicó a Cafiero como un importante referente económico dentro del movimiento peronista. Sin dudas, el planteo político del ex ministro resultaba sólido, pues mostraba con datos que la “crisis de desarrollo” había sido superada a partir de 1953, que el producto había crecido hasta 1955 y que se había controlado la inflación. En cambio, las dificultades económicas que se dieron a partir de 1956 le permitieron reforzar el argumento de que la crisis no se debía a las políticas peronistas sino, por el contrario, a las recomendaciones de Prebisch que había aplicado el Gobierno militar. Cafiero, dedicaba gran esfuerzo a refutar la “leyenda negra” de acuerdo a la cual el justicialismo era estatista y colectivista: “el justicialismo no puede ser sino definido como un movimiento de *filiación social cristiana* que a la vez incorporó aquellas modalidades propias del medio social argentino en el que nació y se desarrolló” (Cafiero, 1974: 304). Apoyándose en las encíclicas papales, particularmente la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, dirigió sus críticas a la corriente que llamaba “neo-liberalismo” y buscaba diferenciarse del colectivismo con la misma claridad: “la economía social del Justicialismo admite ser calificada como inspirada en las enseñanzas de la Encíclicas Sociales y claramente alejada de los polos antagónicos demarcados por el liberalismo y el colectivismo” (Cafiero, 1974: 306). La identificación con la filosofía, la antropología y la sociología cristianas, permitía justificar la intervención del Estado en función del bien común y criticar una intervención desmedida asociada con el comunismo, a la vez que justificar la “filosofía peronista”.

En la década del sesenta, el debate sobre el desarrollo argentino siguió sumando aportes. Cafiero se había acercado a la Confederación General del Trabajo (CGT) y desde ese lugar impulsó la organización de unas “Jornadas Económicas”, en las que durante cinco días se discutieron los problemas y las alternativas de la economía argentina.⁵ A diferencia de lo planteado por Prebisch, prácticamente todos los participantes se mostraron contrarios a la estabilidad monetaria como objetivo primordial, considerando que correspondía atacar primero los problemas “estructurales” del país. En varios casos, los oradores recomendaban o seguían los lineamientos propuestos por Aldo Ferrer en *La economía argentina*, recientemente editada. El problema inmediato era la crisis industrial y la inflación, pero su origen –y el verdadero nudo gordiano de los problemas económicos nacionales– se ubicaba en las limitaciones del sector externo ligado a una incompleta industrialización (Rougier y Odisio, 2017).

En ese conclave, Javier Villanueva propuso un análisis esquemático del funcionamiento de la economía argentina, con el que la mayoría de los participantes mostró su acuerdo. Su planteo recogía los elementos característicos del modelo *stop and go*, en línea con los artículos que publicaría al año siguiente. Como la industria necesitaba materias primas y maquinarias importadas, se había intentado expandir la exportación primaria mediante la devaluación, con

⁵ En junio del año anterior, la CGT había promulgado su propuesta política y económica en el denominado “Programa de Huerta Grande”. Avanzando sobre las posiciones del anterior “Programa de la Falda” (de 1957) se propuso la nacionalización de los “sectores clave” de la economía, como la siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficos.

resultados contraproducentes. Las distintas medidas de control de las importaciones no habían dado logros. Tampoco resultaba una solución viable la llegada de inversiones extranjeras ni el endeudamiento externo, ya que su ayuda resultaba transitoria. La sustitución de importaciones no había avanzado de acuerdo a una programación que pudiera prever las necesidades de divisas, por lo que no se lograba el equilibrio en la balanza de pagos. Cafiero comentó el trabajo de Villanueva y señaló –usando una cita de Prebisch- que al transferirse mano de obra desde el campo hacia la ciudad, ese obrero en la industria tenía una productividad mayor, que generaba ahorro y facilitaba la reasignación de capitales desde el sector primario al industrial. Por su parte, Ferrer indicó que sólo existía una salida al esquema planteado: mientras se siguiera dependiendo de las exportaciones tradicionales no se lograría romper el estancamiento porque incluso aunque se lograra expandir la producción primaria, la demanda mundial no tenía el dinamismo necesario para garantizar todas las divisas que la economía argentina necesitaba. La única solución pasaba por la “integración de la estructura industrial y diversificación de las exportaciones tradicionales” (CGT, 1963: 132)

Cafiero se apoyó en esta interpretación y señaló que el gran error de la política económica de los años anteriores era haber transferido ingresos hacia el sector “capitalizador” y en contra de los asalariados. Además de corregir los desequilibrios de precios, proponía que el Estado “dirigiera socialmente” el proceso de inversión. Considerando la regulación del sistema bancario y crediticio, proponía volver a nacionalizar los depósitos. El fomento agropecuario debía profundizarse, pero no a través de ineficaces medidas monetarias ni devaluaciones, sino mediante asistencia crediticia y técnica. También pregonaba una distribución más progresiva del ingreso “no sólo por razones de justicia”, sino porque el incremento del poder adquisitivo de los trabajadores tenía además “razones vinculadas al desarrollo de nuestra economía”, ya que una mayor demanda interna impulsaría la producción de todos los sectores (CGT, 1963: 79).

La experiencia de la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1969) propició al aglutinamiento de lo que O'Donnell (1977) bautizó como “alianza defensiva”, es decir, los sectores débiles de la burguesía nacional –mayormente ligados al mercado interno– junto con los trabajadores, ambos enfrentados a la “alianza dominante”, compuesta por el gran capital local, agropecuario, industrial y financiero de fuertes vínculos con el capital externo. En este sentido, el entendimiento entre la Confederación General Económica (CGE) y la del Trabajo (CGT) fue configurando un espacio de coincidencia sobre el cual el peronismo construiría su vuelta al poder en 1973. Así, se fue delineando un programa de desarrollo propio, con sentido “nacional y popular”, que se oponía a los lineamientos liberales de la gestión de Krieger Vasena, signada por su apuesta al gran capital y la apertura a los capitales externos, que había generado una fuerte desnacionalización y concentración en la economía argentina.

Cafiero, ya consagrado como referente económico dentro del movimiento peronista, escribió en 1967 su “Crítica al Plan Krieger Vasena – Consideraciones sobre la política económico-social del Gobierno nacional” sobre el que realizó un detallado análisis y anticipó su “fracaso”. Al tener como eje la devaluación del peso, la reapertura del mercado libre de cambios, la reforma arancelaria y una fuerte modificación en la política de ingresos, el Plan procuraba seducir la inversión, en especial la extranjera. Su conclusión era que el resultado más probable de dicha política fuese que el sector asalariado “deberá absorber el peso de la reasignación de recursos económicos y humanos, en forma de un drástico descenso de sus remuneraciones reales y del aumento de la desocupación”, lo que entrañaba un “grave peligro de provocar un proceso acumulativo de recesión de imprevisibles consecuencias” (en Cafiero y Lohlé, 2017: 218).

Mientras tanto, sumaba cargos en el Partido Justicialista, ya plenamente transformado en un referente de primer nivel. En 1964 había sido nombrado secretario político del Consejo Supervisor y en 1971 sería designado director del Consejo de Planificación, mientras mantenía contactos directos con Perón, exiliado en Madrid.

Y Perón volvió

Mientras se agudizaban los conflictos sociales, el Gobierno militar conducido por el general Alejandro Agustín Lanusse se dispuso a preparar una salida democrática. En abril, días después del llamado “Viverazo” o “segundo Cordobazo” –en el que se marcó la creciente convergencia entre los sindicatos clasistas y las organizaciones armadas-, fueron rehabilitados los partidos políticos. Las negociaciones de las fuerzas armadas con otros actores sociales y políticos, enmarcadas en el Gran Acuerdo Nacional (GAN) impulsado por Lanusse, apuntaban prioritariamente a lograr una condena general a la lucha armada.

El primer paso para la apertura democrática se había dado a fines de 1970 con la formación de “La Hora del Pueblo”, un acuerdo entre los principales partidos políticos en torno a un programa reformista nacionalista y un consenso sobre la necesidad de institucionalización democrática. El Gobierno reconoció la convergencia política, pero la tentativa de Lanusse de capitalizarla con una amplia inclusión de políticos en su gabinete fracasó, igual que su aspiración de ser candidato a presidente constitucional con el apoyo de los sectores opositores al peronismo.⁶ Abiertas las negociaciones con los militares en el marco del GAN, Perón sabía que el proceso conducía inevitablemente a su retorno: “En toda lucha de este tipo los ingredientes que se usan son dos: tiempo y sangre; si usted quiere abreviar tiempo, no tiene más remedio que gastar sangre; pero si quiere ahorrar sangre, usa el tiempo. Sobre todo si el tiempo trabaja para uno, y acá evidentemente el tiempo trabaja para nosotros”.⁷ Como su avanzada edad hacía el tiempo escaso, adoptó la estrategia de avivar la acción armada para acelerar el proceso, mientras se distanciaba de los dirigentes sindicales más recelosos. Durante 1972 abundaron los elogios públicos de Perón a los “muchachos” y las críticas a la burocracia sindical. Mientras se ampliaba el caudal de la “Tendencia Revolucionaria” –que se estructuraba alrededor de la Juventud Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios, el Movimiento de Villeros Peronistas y otras agrupaciones–, la popularidad de Montoneros crecía notablemente.

A mediados de 1972 se conformó el Frente Cívico de Liberación Nacional al que se incorporaron el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo, la Democracia Cristiana, el Partido Conservador Popular y otras agrupaciones menores del interior del país que habían participado de La Hora del Pueblo. La Unión Cívica Radical también había sido partícipe, pero trató de conservar su independencia para diferenciarse en futuras elecciones, situación que debilitaba su posición política en tanto Perón sostenía la consigna “el pueblo contra los militares”. En noviembre de ese año el eslogan “Perón vuelve” se hizo realidad. Su reunión con Balbín, líder histórico de la UCR, marcó la irreversibilidad de la transición democrática. Luego de una larga serie de escarceos, Lanusse permitió que el peronismo participara en las elecciones,

⁶ Según el propio Lanusse, Balbín reclamaba que “el peronismo tuviera una representación similar en el gabinete, algo que podía lograrse en la práctica con un peronista en Economía: Antonio Cafiero o Alfredo Gómez Morales; éstos, sin embargo, no querían aceptar sin el apoyo público y expreso de Perón para evitar ser calificados de traidores, lo que colocaba al problema en un callejón sin salida” (Lanusse, 1990: 223).

⁷ *Mayoría*, 14 de enero de 1973.

aunque estableció condiciones para impedir la candidatura de Perón. La tentativa de apertura política “maniatada” fue desbordada y derivó en una apertura democrática que excluía a la persona de Perón pero no al peronismo. A sabiendas del recelo que ocasionaría en el sindicalismo tradicional –que había propuesto a Antonio Cafiero–, Perón optó por candidatear a Héctor Cámpora, un dentista enrolado en el peronismo desde 1945 que, entre otras cosas, había sido diputado justicialista, encarcelado luego de 1955 y que mantenía excelentes relaciones con el sindicalismo combativo y la Juventud Peronista. Cafiero había perdido el favor de Perón cuando el viejo caudillo interpretó como un gesto conciliatorio imperdonable que aceptara entrevistarse con Lanusse en un momento ríspido de la pulseada política.⁸ La designación de Cámpora jaqueó lo que quedaba de la estrategia de Lanusse. Si el Gobierno vetaba a ese candidato, Perón podría promover a otro aún más vinculado a la izquierda; si proscribía al peronismo, podía hacer explosiva la crisis sociopolítica. De algún modo, Perón terminó imponiendo sus condiciones a los militares y los demás partidos políticos.

Hacia 1972 el desenlace de la crisis política del Gobierno militar era un hecho. En ese contexto se definieron las llamadas “Coincidencias programáticas” entre diversas organizaciones sociales y partidos políticos. A comienzos de diciembre, el Justicialismo, la Unión Cívica Radical, la CGT, la CGE y diversos partidos arribaron a un apretado consenso en un programa debatido por un amplio espectro de dirigentes políticos, obreros y empresariales. El documento destacaba que la orientación de la política económica en la Argentina había “acentuado la dependencia externa trabando así las posibilidades de emprender un proceso de auténtico desarrollo autónomo e integral”.⁹ En la campaña electoral de 1973, los partidos políticos mayoritarios hicieron suyo ese programa reformista que asignaba al Estado un papel protagónico. El enriquecimiento del amplio debate sobre estrategias y proyectos nacionales de desarrollo que coincidió con la apertura democrática tuvo además un punto de convergencia respecto a la necesidad de la planificación y la “actualización” de la “filosofía peronista”, lo que quedó plasmado en un ensayo sobre el “Proyecto Nacional” que generaría un gran interés por parte del propio Perón (Monti, 1972).

Los aspectos económicos de la plataforma electoral del justicialismo fueron redactados por Cafiero, quien al igual que Pedro Bonanni, Miguel Revestido, Alfredo Gómez Morales y otros viejos funcionarios peronistas se habían sumado a los equipos del Consejo de Planificación, creado en 1970 y coordinado por Leopoldo Frenkel (Fernández Pardo y Frenkel 2004: 145). Si bien en el partido convivían posiciones diversas, el sustrato ideológico “tercerista” resultó reafirmado por los cuadros técnicos y los peronistas “históricos”. No obstante, las nuevas circunstancias políticas orientaban a una radicalización de los cuestionamientos al capitalismo argentino, en particular los dirigidos al capital extranjero y a los “dueños de la tierra”; una postura seguramente no compartida por la “vieja guardia” que había conducido el acercamiento a esos sectores en su experiencia post 1949. Aún poco antes de asumir como quinto ministro de Economía del Gobierno peronista en 1974, Cafiero afirmaría:

Nosotros no concebimos la propiedad privada de los medios de producción sin el aditamento de una función social que le es inherente, que resume y que, de alguna manera, resuelve la contradicción ideológica de nuestro tiempo ¿Qué queda de las tesis dialécticas que abogan por la socialización de los medios de producción cuando nosotros afirmamos que más que la socialización de los medios lo que interesa es la socialización de los fines? Si la empresa cumple un fin social,

⁸ Seoane (2003: 189-259).

⁹ Citado en Leyba (2003: 64).

poco importa si es detentada por el poder del Estado o si es detentada por la iniciativa privada o por el capital privado (*Clarín*, 30 de noviembre de 1974).

Finalmente, el 23 de septiembre de 1973, luego de dieciocho años de proscripción del peronismo, la fórmula compuesta por Juan D. Perón y María Estela Martínez de Perón ganó la Presidencia con casi el 62% de los votos. Pero las condiciones en las que Perón asumió su tercer mandato eran radicalmente distintas a las de dos décadas atrás, no sólo por la inminente crisis del petróleo que se desató ese mismo mes, que implicó una fuerte inflación a nivel global y el fin de “los años dorados” de la posguerra, sino también por la situación política interna. En efecto, pronto se desatarían los conflictos al interior de la heterogénea base social del movimiento peronista, pues las diversas orientaciones fueron difíciles de conjugar una vez en el poder. La puja tuvo como protagonistas a las distintas capas de la burguesía doméstica, el sindicalismo tradicional, los grupos juveniles aglutinados en la combativa Juventud Peronista, los ex funcionarios peronistas “históricos” y una variedad de intelectuales que esperaban la oportunidad de llevar sus conocimientos a la gestión pública.

El programa de gobierno inicial del peronismo quedó expresado en las “Sugerencias del empresariado nacional para un programa de gobierno”, presentado por la CGE en marzo de 1973. Su presidente, José Ber Gelbard, líder de los empresarios nacionales, logró desplazar a Cafiero –preferido de la CGT– para ocupar el Ministerio de Economía. Las definiciones de los objetivos y medidas de política económica que la coyuntura apresuraba en 1973 tenían un amplio marco de referencia en las diversas estrategias y proyectos nacionales de desarrollo elaborados desde mediados de los sesenta en ámbitos estatales, académicos y políticos.

Sin embargo, el programa original de gobierno, plasmado en el Plan Trienal y el Pacto Social, y que pretendía sentar las bases sociales y políticas a través de la concertación, fue perdiendo contenido en la medida en que se impusieron las urgencias de la coyuntura. En efecto, la fuerte conflictividad social y política de los años setenta, exacerbada a partir de la muerte de Perón, generó un clima de inestabilidad que agravó las expectativas de los actores. En el sector obrero, la persistente movilización de las bases y la creciente intensidad de las luchas en las fábricas desbordaron los canales establecidos para la concertación. La CGT buscó legitimarse frente a los trabajadores endureciendo sus demandas salariales, por lo que los dirigentes sindicales presionaron por hacer más estricto el congelamiento de precios y reclamaron aumentos salariales, de manera que se dificultó un posible reajuste consensuado del Pacto Social (Brennan y Rougier, 2009).

Por su parte, el equipo económico intentaba combatir la inflación con controles de precios más estrictos. En julio, Cafiero había reemplazado a Revestido en la Secretaría de Comercio y proponía transformarla en Ministerio de Comercio e Industria, lo que implicaría un recorte importante para Economía. Con esa mayor autonomía pretendía desarrollar una política de precios más flexible. Pero la propuesta no prosperó y Cafiero fue desplazado y nombrado interventor en la provincia de Mendoza.

Con la muerte de Perón en julio de 1974 y el alejamiento de Gelbard a fines de ese año, el contexto económico social viraría de manera brutal. Los problemas estructurales se manifestaron con fuerza en el déficit del sector externo y en la dinámica inflacionaria. El gobierno de María Martínez de Perón inicialmente convocó a Gómez Morales para resolver los desequilibrios. No obstante, su ensayo de ajuste moderado fracasó y dio lugar a una apuesta por un programa de

shock, llevado adelante por Celestino Rodrigo en junio de 1975 que incluyó una megadevaluación, el incremento superlativo de tarifas y el fin del control de precios, entre otras medidas. Impulsado por López Rega, se puso en práctica un proyecto de derecha con el objetivo de quebrar la política de concertación y avanzar en la construcción de un nuevo bloque de poder que excluyera no sólo al ala izquierda del movimiento sino también a las corporaciones que habían sustentado el Pacto Social. Los cambios políticos y sociales planteados a partir del “Rodrigazo” supusieron el definitivo abandono del programa de Gelbard, lo cual planteó con crudeza la imposibilidad de resolver los problemas y los límites estructurales al interior de ese proyecto económico (Rougier y Fiszbein, 2006).

El giro hacia la derecha en la política económica llevó al sindicalismo al enfrentamiento abierto. Las consecuencias de las políticas de Rodrigo provocaron la movilización del sindicalismo que, tras lograr el desplazamiento del ministro, pasaron a ser el punto de apoyo obligado para la desestabilizada coalición de gobierno. Luego de la corta gestión de Pedro Bonanni, signada por el fracaso en relanzar la concertación entre la CGE y la CGT, asumió al frente de la cartera económica Antonio Cafiero, quien tenía una larga y estrecha vinculación con algunos dirigentes sindicales. Al frente de la Secretaría de Programación Económica asumió Guido Di Tella, y el gabinete se reforzó con la designación de Carlos Ruckauf –un abogado de las 62 Organizaciones– en el Ministerio de Trabajo. Dirigentes históricos u “ortodoxos” del partido peronista y de extracción sindical pretendían ahora retomar la “verdadera filosofía peronista”.

Cuando Cafiero llegó al Ministerio de Economía, el malestar y las presiones de los distintos sectores imponían serios límites, a veces contradictorios, a la política económica, mientras que, en ausencia de Perón, la falta de capacidad de arbitraje limitaba las posibilidades de lograr un consenso mínimo para calmar el clima de convulsión social. Acorde a la filosofía económica que venía sosteniendo en sus escritos desde 1955, Cafiero orientó la política económica basándose en dos pilares: la concertación social y el gradualismo económico.

Como primera medida, el flamante ministro decretó una “tregua social” de 180 días que prohibió los despidos y las huelgas. Como la recesión y el desempleo amenazaban con agravar la creciente conflictividad social, el principal objetivo era lograr una reactivación económica, inmediatamente seguido en importancia por la “desaceleración gradual de la inflación”.¹⁰ El “enfoque gradualista” que pretendía aplicarse para frenar la inflación respondía a la necesidad de contemplar los intereses de los distintos sectores y evitar nuevos *shocks*. Sin embargo, y aunque Cafiero tenía el peso político suficiente para reabrir el diálogo sectorial, le resultaría muy difícil revertir el decrecimiento en la capacidad del Gobierno para contener las demandas de los distintos sectores.

La idea de que la raíz del problema era estructural llevó al equipo económico a poner el foco en la distribución de los ingresos relativos de los distintos sectores. Según Cafiero, el objetivo era establecer “una meta en la relación funcional del ingreso entre trabajadores y empresarios”, pues existía “un gran problema de distribución sectorial del ingreso que tenemos que abordar y no queremos hacerlo simplemente a nivel de Estado, queremos hacerlo por la vía de la concertación”.¹¹

¹⁰ Ministerio de Economía (1975a).

¹¹ Ministerio de Economía (1975c). Más tarde el propio Cafiero diría que “la decisión de derrocar al Gobierno no dependía de lo que hiciésemos o dejáramos de hacer, era sólo cuestión de tiempo y oportunidad” (Cafiero, 1983: 125).

El 25 de octubre de 1975 se firmó con la CGT y la CGE el “Acta de Concertación Social Dinámica”, que recogía expresamente los objetivos e instrumentos fijados por las “Coincidencias programáticas” de diciembre de 1972. Se trataba de una reedición del Pacto Social que incorporaba pautas de flexibilidad, con una política de precios más laxa y previsiones para indexar los salarios cada tres meses a partir de enero de 1976. Como complemento de ese acuerdo, se proyectaba crear el Instituto Nacional de Remuneraciones, la Productividad y la Participación, integrado por representantes obreros y empresarios, que coordinaría y vigilaría la política de indexación de salarios e implementaría mecanismos de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas. Pero el proyecto, que fue denunciado como “sovietizante” por la Sociedad Rural Argentina (SRA), no llegaría a ser sancionado.

Cafiero destacó ante los empresarios el “gesto realmente de responsabilidad de la CGT, cuando no ha planteado una exigencia de aumento masivo sino de aumento selectivo en función de rezago relativo, que nos va a permitir ordenar la política salarial”.¹² Sin embargo, una semana después de firmado el pacto, bajo presión gremial, el ministro otorgó un aumento de salarios del 27% sin consultar a la CGE. Guido Di Tella, al frente de la Secretaría de Programación Económica, expresó tiempo más tarde: “Nosotros no manejábamos los salarios, queríamos pero no; eso lo manejaban los sindicatos. Sólo manejábamos la política de cambios”.¹³ También la política monetaria estaba, como la salarial, fuera del control de Economía, por lo que el enorme atraso de los ingresos fiscales provocaba mes a mes un incremento del déficit público que debía ser cubierto con emisión monetaria, que a su vez fogueaba la inflación.

Si la concertación social fue el instrumento político privilegiado de la política económica, también fue su talón de Aquiles, pues cada vez más crudamente los sectores empresarios mostraron su oposición a lo que consideraban una política económica pro sindical. Con el fracaso de la concertación, la CGE progresivamente perdió representatividad y las fuerzas políticas que articulaban los intereses empresarios se fueron reconfigurando rápidamente. Los sectores agropecuarios venían manifestando su descontento desde tiempo atrás y protagonizaron varios *lockouts* en oposición a la política del Gobierno. El desplazamiento de la CGE como expresión política hegemónica del sector empresario se concretó con la conformación de la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), creada en agosto por “los elementos más férreamente liberales de la ex Unión Industrial Argentina (UIA) y la Cámara de Comercio, y los espíritus más atrevidos de la SRA”.¹⁴ En efecto, la APEGE nucleó a la Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentina, Cámara Argentina de Comercio, la Unión Comercial Argentina y la Cámara de la Construcción, y a numerosos industriales que se alejaban de la Unión Industrial Argentina, que aún mantenía el acuerdo formal con la CGE.

Hacia fines de 1975 la APEGE exacerbó su oposición al Gobierno e instó a los empresarios a no cumplir con los aumentos salariales para frenar el “desmedido avance sindical” y a “definirse y actuar” en una maniobra “contraofensiva” frente al ataque a “la propiedad, la iniciativa y la empresa privada” (Lewis, 1993: 522). En enero de 1976, la entidad llamó a un *lockout* nacional para mediados de mes –que sería el más virulento del período–, mientras que la CGE sufría la sangría de federaciones enteras.

¹² Ministerio de Economía (1975b).

¹³ Citado en De Pablo (1980: 177).

¹⁴ Paul Lewis, *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993, p.522.

El 3 de febrero de 1976 Cafiero presentó su renuncia. La política de concertación ensayada no había logrado respaldar el programa económico; el conjunto de medidas adoptadas apuntaban a aliviar al menos parcialmente los problemas más urgentes de la coyuntura. Como señaló Guido Di Tella: “Resultaba claro que [...] [los] problemas exigían soluciones en gran medida contradictorias entre sí y que cada uno de ellos sólo podría ser resuelto de manera incompleta”.¹⁵ A pesar de ello, dadas las condiciones críticas que enmarcaban el inicio de la gestión de Cafiero los resultados no fueron tan negativos: la inflación se desaceleró, la recesión económica se contuvo y la desocupación se redujo. Las presiones inflacionarias, sin embargo, persistieron, mientras que la actividad económica estuvo lejos de mostrar un repunte y la crisis fiscal alcanzó una profundidad peligrosa. En el pasivo, la gestión de Cafiero dejaba un gran desequilibrio externo, que había llevado las reservas internacionales al nivel más bajo de todo el período, mientras el déficit del sector público se amplió vertiginosamente. Esto había obligado al ministro a acercarse a los mercados internacionales de crédito y en septiembre de 1975 aprovechó la asamblea anual del FMI y el Banco Mundial para gestionar préstamos al Gobierno por 820 millones de dólares. No obstante, los desembolsos no se realizaron sino hasta después del golpe militar.

Luego de la renuncia de Cafiero, asumió Emilio Mondelli, un banquero que desde julio de 1975 era el presidente del Banco Central y que llevaría a cabo el plan de Isabel de seducir a los sectores empresarios más poderosos, idea que sólo se había atenuado cuando la movilización obrera volteó a Rodrigo. En consonancia con la precariedad institucional que enmarcó su gestión, el ministro no pudo armar su gabinete y declaró que no tenía un plan, sino sólo “medidas”. No obstante los guiños al sector empresario y el enfoque ortodoxo de su gestión, Mondelli no pudo impedir un desenlace con un final anunciado. El 24 de marzo los militares terminaron con el tercer Gobierno peronista, abriendo la página más sangrienta de la historia argentina.

Peronista se nace, economista se hace...

En una entrevista para una revista deportiva Cafiero sostuvo: “Mirá, uno no se hace hinch de Boca, hinch de Boca se nace. No cualquiera puede ser hinch de Boca, tiene que reunir condiciones: amor y fidelidad a sus colores, fervor, ánimo ganador, sentirse parte de una mayoría popular y de un proyecto colectivo. Es una concepción de vida” (Mainelli, 2010). Lo mismo podría haber afirmado respecto de ser peronista. Cafiero fue ante todo un militante, un “predicador”, tal como Perón esperaba de sus seguidores, que llevó su identidad y sus convicciones al plano de sus acciones. Desde ese lugar asumió con compromiso casi religioso en cada una de sus actuaciones, ya sea como militante y funcionario de segunda línea del primer peronismo o como preso político, víctima de la proscripción post “Revolución Liberadora”, protagonista del debate económico nacional, y finalmente encumbrado como ministro de Economía de la Nación. Luego, con la reapertura democrática de 1983, continuaría con una trascendente trayectoria política.

Desde ese lugar de peronista militante Cafiero concibió la economía. Siguiendo los lineamientos marcados por Perón, buscó contribuir a delinear una doctrina económica propia, nacional. En oposición al (neo) liberalismo, presentado como una racionalización de los intereses de los países centrales y en particular del “imperio inglés”, luchó por defender valores y herramientas

¹⁵ Di Tella (1983: 217). Los problemas que señalaba Di Tella eran tres: “la situación externa”, “una situación de grave recesión” y “el estallido inflacionario”.

propias para abordar los problemas nacionales. Sin dudas, sus principales aportes pasaron por dos grandes cuestiones: la fundamentación de la “independencia económica” como eje que debía articular cualquier política económica y la intervención estatal en la economía. Con una prosa un tanto ampulosa y una argumentación por momentos maniquea, buscó diferenciar entre un “nosotros” –el movimiento nacional y popular como corporización de la nación y artífice de una “gesta” que “liberó” a la nación del dominio imperial y que “transformó estructuralmente” la economía del país– y un “ellos”, liberales de mentalidad pro colonial que buscaban someter a las mayorías populares y al país entero a los intereses agropecuario exportadores. Pero si bien postuló la “doctrina peronista” como “equidistante” tanto del marxismo colectivista como del capitalismo liberal, sus escritos estuvieron más bien centrados en la crítica contra el recetario económico de este último. Así, partiendo de los postulados eclesiásticos, buscó fundamentar la intervención del Estado sobre bases morales, concluyendo que el Estado no debía ser un fin en sí mismo, sino un medio para evitar que las acciones individuales, ya sea de los empresarios o de la masa inorgánica, derivaran en desorden colectivo.

Paradójicamente, aunque su foco de preocupación fueron los problemas económicos nacionales y en particular la cuestión de la independencia económica, cuando le tocó ocupar cargos ejecutivos, tanto en la década del cincuenta como del setenta, el “destino” quiso que su gestión estuviera dominada por las exigencias de la coyuntura. En ambos períodos, el problema de la restricción externa, es decir, la dificultad de la economía para generar las divisas que precisa para desarrollarse, marcó los límites del proyecto político que buscó articular una alternativa a la ortodoxia planteada por los sectores tradicionales de la sociedad argentina.

Referencias bibliográficas

- Brennan, James y Rougier, Marcelo. *The Politics of National Capitalism. Peronism and the Argentine Bourgeoisie, 1946-1976*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press.
- Cafiero, Antonio (1961). *Cinco años después...*. Buenos Aires: Edición del autor.
- Cafiero, Antonio (1974). De la economía social justicialista al régimen liberal-capitalista. Buenos Aires: Eudeba.
- Cafiero, Antonio (1983). *Desde que grité ¡Viva Perón!* Buenos Aires: Pequeñ.
- Cafiero, Antonio (2007). *Razones para ser peronista*. Buenos Aires: Sudamericana – COPPPAL.
- Cafiero, Antonio (2011). *Militancia sin tiempo. Mi vida en el peronismo*. Buenos Aires: Planeta.
- Cafiero, Santiago y Lohlé, Ignacio (2017). *La independencia económica. El pensamiento económico de Antonio Cafiero*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Campione, Daniel (2007). *Orígenes estatales del peronismo*. Buenos Aires: Miño y Dávila Eds.
- Confederación General del Trabajo (CGT) (1963). *Jornadas Económicas*, Buenos Aires: CGT.
- De Pablo, Juan Carlos (1980). *Economía política del peronismo*. Buenos Aires: Ediciones Macchi.
- Di Tella, Guido (1983). *Perón-Perón, 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo (2004). *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*. Buenos Aires: Ediciones del Copista.
- Jauretche, Arturo (1974). *El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje*. Buenos Aires: Peña y Lillo.
- Lanusse, Alejandro (1990), *Protagonista y testigo*, Santiago de Chile: Marcelo Lugones Editores.
- Lewis, Paul (1993). *La crisis del capitalismo argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Leyba, Carlos (2003). *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. Buenos Aires: Biblos.
- Luna, Félix (1972). *El 45. Crónica de un año decisivo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Mainelli, María Fernanda (2010). “Ser de Boca es un regalo de Dios”, *Revista Un Caño*, octubre. Recuperado de: <http://revistauncanio.com.ar/interviu/ser-de-boca-es-un-regalo-de-dios/>
- Ministerio de Economía (1975a). “Mensaje del Ministro de Economía”. Buenos Aires: Ministerio de Economía, 32p.
- (1975b). “Por una concertación social dinámica”. *Boletín Semanal del Ministerio de Economía*, n° 104, anexo, 24 de octubre.
- (1975c). “Se constituirá una comisión permanente de concertación”, *Boletín Semanal del Ministerio de Economía*, n° 105, 7 noviembre.
- Monti, Angel (1972). *Proyecto Nacional*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo (1977). “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”. *Desarrollo Económico*, Vol. 16, No. 64, pp. 523-554.
- Puiggrós, Rodolfo (1957). *Libre empresa o nacionalización de la industria de la carne*. Buenos Aires: Argumentos.
- Quién es quién en la Argentina* (1955). Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- Rougier, Marcelo (2012). *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rougier, Marcelo y Fiszbein, Martín (2006). *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.
- Rougier, Marcelo y Odisio, Juan (2017). “Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos”. *Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Rougier, Marcelo y Stawski, Martín (2017). “Alfredo Gómez Morales. Las tentativas de “racionalizar” la economía peronista”, en Raanan Rein y Claudio Panella (comp.). *Los indispensables. Dirigentes de la segunda línea peronista*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Scalabrini Ortíz, Raúl (1957). “Aquí se aprende a defender la patria”, *Qué*, No. 2-3.
- Senen González, Santiago y Bosoer, Fabián (2014). “Una jornada emblemática: lealtades, mitos, leyendas y verdades del 17 de octubre de 1945”. *Perfil*, 18 de octubre. Recuperado de: <http://www.perfil.com/elobservador/Mitos-leyendas-y-verdades-del-17-de-octubre-de-1945-20141018-0041.html>
- Seoane, María (2003). *El burgués maldito. Los secretos de Gelbard, el último líder del capitalismo nacional*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sowter, Leandro (2013). “Conflictos y acuerdos en torno a la legitimidad de la intervención económica estatal peronista: el I.A.P.I. y los actores rurales (1946-55)”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 24, n° 2, pp. 105-129.
- Stawski, Martín (2012). “Del equipo de asalto a la consolidación: Estado, elites y economía durante el primer peronismo. 1946- 1955”, en Plotkin, M. y Zimmermann, E. (comps.) *Los saberes del Estado*. Buenos Aires: Edhasa.
- Torre, Juan Carlos (comp.) (1995). *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel.